

*La inmensidad de los océanos se había convertido
en una cárcel para ella, pero no se resignó*

José María Pagador

SUSANA
LEROY

f)L Fundación José Manuel Lara

Primera edición: junio, 2023

© José María Pagador, 2023

© Fundación José Manuel Lara, 2023

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Ilustración de cubierta: Shutterstock (Wilm Ihlenfeld)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 749-2023

ISBN: 978-84-19132-22-2

Printed in Spain–Impreso en España

Este libro está inspirado en la historia real de una mujer andaluza cuya identidad no puedo revelar por expreso deseo suyo, que me relató su odisea a bordo de la goleta en la que navegó durante años por el mundo con su marido francés. A ella se lo debo y a ella, y a tantas como ella, se lo dedico.

A Susana Cid López, mi esposa, por su ayuda con la documentación, su paciencia en mi escritura y el clima propicio que siempre sabe crear para mí.

A Juan María Martín Rekalde, por su ayuda con la terminología marina, marítima y náutica.

«Y buscarás con ardor a tu marido, que te dominará».
(Biblia. *Génesis*, 3.16)

«Amonestad a aquellas de quienes temáis que se rebelen, no os acostéis con ellas, pegadles».
(El Corán. *Las mujeres*, 4.34)

«El ebrio que improvisa un mandato absurdo, el soñador que se despierta de golpe y ahoga con las manos a la mujer que duerme a su lado, ¿no ejecutan, acaso, una secreta decisión de la Compañía?»
(*La lotería en Babilonia*. JORGE LUIS BORGES)

«El malvado [...] mira a la mujer como un botín. Y aun cuando al principio la trate cariñosamente, tan pronto ha satisfecho su lujuria, la tortura. El amor del malvado es básicamente violento».
(*Los herederos*. ISAAC BASHEVIS SINGER)

«...Matriona... Si Pável Ivánich te pregunta si te he pegado o no, contesta, ¡de ningún modo! Y yo no volveré a pegarte más».
(*La desventura*. ANTÓN P. CHÉJOV)

«Su verdadero padre estaba en el centro penitenciario del estado [...] por la misma razón que su madre estaba en el cementerio...»
(*Jolene: una vida*. E. L. DOCTOROW)

«...descubrió por primera vez que una mujer no es simplemente, o no lo es en absoluto, el apéndice de un hombre».

(India. Tras un millón de motines. V. S. NAIPAUL)

«Uno baja cinco pisos y ya está en el domingo, con un sol insospechado para noviembre en París, con muchísimas ganas de andar por ahí, de ver cosas, de sacar fotos».

(Las babas del diablo. JULIO CORTÁZAR)

«(Nos) ha sido impuesta la atroz dicotomía de tener una sola vida y los apetitos y fantasías de desear mil».

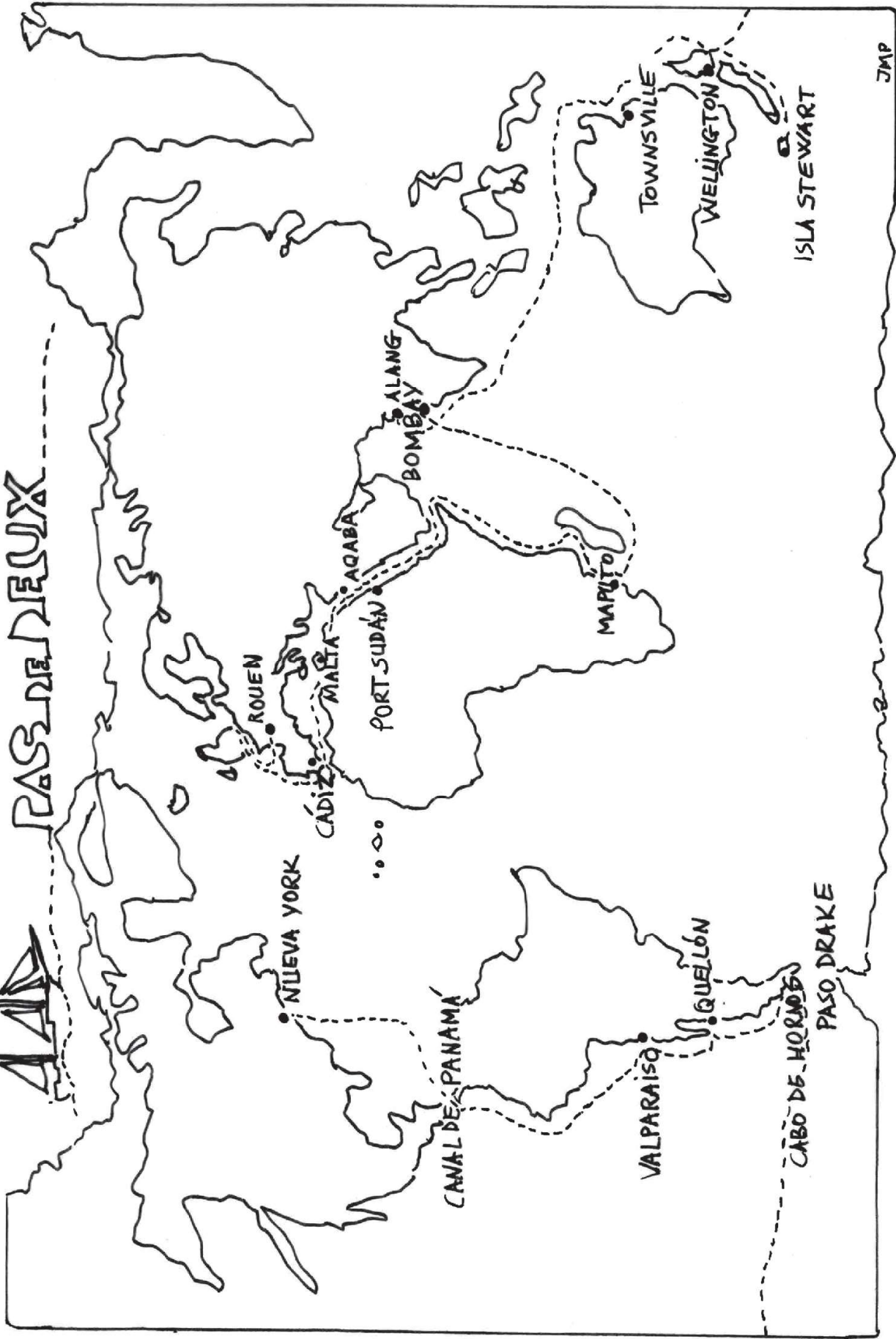
(La verdad de las mentiras. MARIO VARGAS LLOSA)

«La Recalada y la Partida marcan el rítmico vaivén de la vida del marino y de la carrera de un barco. [...] De todas las criaturas vivas de la tierra y el mar, son los barcos las únicas a las que no se puede engañar con pretensiones vanas, las únicas que no consentirán malas artes por parte de sus amos».

(El espejo del mar. JOSEPH CONRAD)



PAS DE DEUX



Pas de deux

1

Después de varios días sin ver un ave, un albatros errante se elevó sobre la cegadora franja amarilla que empezaba a separar el mar del cielo en el horizonte. Su silueta iluminada por el sol naciente parecía una flecha encendida que alguien me hubiese lanzado desde otro mundo. En mis diez años de navegación por los océanos yo había visto innumerables aves marinas volando hacia sus remotos destinos en su incesante peregrinar. Eso era algo frecuente y estaba acostumbrada a su presencia. Pero aquel día sucedió algo extraordinario. El solitario albatros cambió el rumbo de pronto y se dirigió directamente hacia nosotros. En aquel instante supe, como en una revelación, que terminaría posándose en la goleta. Este presentimiento y las consecuencias que eso podía acarrear me hicieron temblar. Todo lo que sé sobre albatros y las experiencias que he tenido a lo largo de mi vida con esta ave tan popular entre los marinos, vinieron de golpe a mi cabeza, como anunciándome que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

Yo era joven todavía, iba a cumplir treinta y un años, pero ya sabía que a todos nos llega antes o después una hora decisiva, una hora que puede comenzar de una manera imprevisible, e incluso trivial, y, aunque al principio no lo sospeché, la aparición de aquel albatros acababa de activar para mí ese reloj determinante. Un hecho tan inocuo no habría tenido consecuencias en otras circunstancias, pero en mi caso desencadenó el conflicto final con mi marido que tanto había temido. Una hora como aquella, que empezó de una manera tan extraña, puede convertirse en la última de una persona, pero también puede representar, con un poco de valor y de suerte, el final de

su infortunio. Eso fue lo que me dije a mí misma. Y, por primera vez, me preparé para no dejarme someter de nuevo como tantas veces me sometí desde que nos casamos.

Toda amenaza se anuncia con señales relativamente fáciles de ver, que casi siempre pasan desapercibidas por ignorancia o falta de atención, como, sin ir más lejos, me sucedió a mí cuando conocí a René Hubert. Aquel día yo no vi a René por mis ojos sino por los de una amiga y eso me confundió. Pero en mi descargo he de decir que entonces, con dieciséis años recién cumplidos, yo era solo una niña y, por tanto, un ser fácilmente impresionable. En cambio, aquella mañana, después de tantos años de sufrimiento, pensé que aquel albatros podía ser una de esas señales, tal vez inoportuna, desde luego, dada la anómala situación que estábamos viviendo en aquel apartado rincón del Pacífico Sur donde habíamos fondeado, pero quizá decisiva para mi libertad si reunía el coraje necesario. Dicen que los agonizantes visualizan la secuencia íntegra de su existencia antes de morir. Algo parecido me ocurrió a mí en aquella hora crucial, que empezó con tan raro presagio, como si fuese la última de mi vida, con la diferencia de que yo no estaba dispuesta a morir ni menos aún a morir sin lucha.

El viento había cesado dos días antes y las aguas se calmaron por completo. Amanecía el tercero cuando Martín, nuestro mecánico, sin haber divisado todavía al albatros ni temer, por tanto, lo que su llegada pudiese significar según su interpretación agorera de las cosas, extendió sus manos colosales sobre la mansa superficie del océano y dijo:

–Esta mar parece un anuncio del fin del mundo.

–No digas tonterías, *Mollet*–replicó sin convicción André, el contraemaestre.

Al mecánico le llamaban *Mollet* por su blanda condición, aunque tenía un corpachón de dos metros todo músculo. Yo nunca le nombré por el mote, sin embargo, ni a los demás tripulantes por el suyo, por respeto hacia ellos, porque no me gustan esas confianzas y por no seguirle la corriente al capitán.

El apodo se lo puso René, el marino con el que me casé diez años antes. El capitán tenía una rara habilidad para caricaturizar lo grotesco o lo lamentable de cada persona, aunque él jamás admitió el menor sarcasmo relativo a su cojera.

—¿Os habéis quedado todos ciegos de repente? —El gigante lanzó una mirada iracunda a sus compañeros—. ¿Cuándo habéis visto una mar así por estas latitudes en todos los días de vuestra vida? Paul, tú eres el más veterano, dime, ¿has visto esto alguna vez? —el interpelado levantó la cabeza, pálido, y volvió a dejarla caer sin abrir la boca. Martin miró de soslayo a mi marido. El capitán detuvo su frenético deambular por cubierta y regresó a la timonera—. Algo malo va a pasar. El final puede llegar en cualquier momento. ¿O acaso creéis que el mundo durará siempre?

Martin meneó la cabeza y abandonó cabizbajo la cubierta superior. André acababa de negar su preocupación, pero suspiró ansioso cuando el tambucho se tragó a su compañero.

Despuntaba el tercer día desde que nos vimos forzados a echar el ancla y la quietud de la mar seguía siendo absoluta. El letargo de aquel océano habitualmente embravecido asustaba a los tripulantes más que un temporal. Familiarizados con el mal tiempo habitual en esa época en la región, jamás habían presenciado un fenómeno parecido, aunque solo Martin se atrevió a confesar su inquietud. Daba la impresión de que el mundo, si no había muerto, al menos se había detenido. El único movimiento perceptible en medio de aquella calma enajenante, la única prueba de que el mecanismo seguía en funcionamiento era el trabajo de la mujer que fregaba arrodillada la cubierta de intemperie, obligada por el capitán a hacerlo de esa manera tan penosa, sin concederle un segundo de respiro. Esa mujer, la única existente a bordo, era yo. Entretanto, los taciturnos tripulantes permanecían mano sobre mano en una inactividad forzada. De vez en cuando, alguno subía a la cubierta superior por enésima vez y miraba las aguas con aprensión. Después de cuarenta y ocho horas sin nada que hacer, los hombres haraganeaban inquietos, matando el tiempo como

podían, tumbados en sus literas o echando partidas de naipes. Incluso habían guardado las fichas del *mahjong*, el juego que el cocinero chino les había enseñado, porque Martin avisó que desafiar a los vientos ausentes podía empeorar las cosas.

La *Pas de deux*, nuestra hermosa goleta de dos palos matriculada en Rouen, Francia, llevaba dos días con sus noches fondeada al sur de la isla Stewart, a unas pocas millas de la costa neozelandesa. De vez en cuando el capitán cruzaba renqueando la cubierta como un animal enjaulado, maldiciendo la inexplicable calma. En su agitación olvidaba disimular su defecto, cosa rara en él, siempre atento a dar una imagen entera de sí mismo. Cuando le desbordaban las contrariedades o perdía el dominio de su persona, todos escuchábamos preocupados el ruido desigual de sus pasos. El alza de su bota derecha terminaba marcando a su pesar el ritmo de su zozobra, cuando no el de su ira. El tac-toc desparejo de su andar era siempre un pésimo indicio. Escuchando sus pisadas evoqué los trastornados paseos del capitán Ahab por el *Pequod* con su pierna de hueso de cachalote y esta imagen me causó un estremecimiento. Todos percibíamos tensos ese sonido inquietante rompiendo el silencio abrumador del mar, conscientes de lo que podía ocurrir a poco que el jefe perdiese los estribos.

La meteorología era extraordinariamente anormal para la estación. Habíamos anclado a los 47° 25' 14" en una de las regiones oceánicas más turbulentas del planeta. André comentó, por decir algo, o quizá por oponer otro sonido a los andares desquiciados del capitán, que los antiguos marineros conocían aquellos remotos paralelos de latitud sur como «los cuarenta bramadores, los cincuenta furiosos y los sesenta aulladores», y luego levantó los hombros con parsimonia, en expresión de extrañeza por la tormentosa fama del lugar, desmentida por las circunstancias.

–Eso lo saben hasta los niños, *Andouille* –gritó René irritado.

A André el capitán le llamaba *Andouille* por su afición al salchichón y porque siempre andaba como embuchado dentro de sus ropas, demasiado estrechas para su humanidad. Pero,

desmintiendo su secular renombre, todo rastro de viento había desaparecido de aquellos confines. Las poderosas corrientes marinas dominantes en la zona habían cesado igualmente. El buque permanecía tan quieto como en dique seco. El temor de estas anomalías y la proximidad antártica ponían un frío mortal en nuestros huesos, aunque lucía el sol y el cielo tenía la transparencia de las regiones vírgenes. El capitán había mandado arriar velas y fondear, a fin de ahorrar combustible, confiando en que volviese pronto el viento del Este para reanudar la navegación hacia Australia. Sin embargo, la situación no había mejorado cuarenta y ocho horas después.

Al tercer día, la superficie del mar se había vuelto del todo inerte, sin una brizna de espuma ni signo alguno de oleaje. Los animales se desvanecieron también. Los peces dejaron de picar cuando el barco quedó al paio. Desde ese momento fue imposible pescar nada, para disgusto de los hombres, constreñidos a matar el tiempo de algún modo en un pequeño buque donde casi siempre imperaba la monotonía y las posibilidades de entretenimiento eran más que escasas. Y lo mismo sucedió con las aves. Las gaviotas y los petreles que escoltaron a la goleta hasta la antevíspera se esfumaron al cesar el viento y ya no volvimos a ver ningún pájaro. Tampoco avistamos embarcación alguna en aquella ruta relativamente frecuentada. Todas estas circunstancias llevaron a Martin a fantasear con la idea de que el mundo había perecido y nosotros éramos los únicos supervivientes.

Viendo el efecto de los comentarios del supersticioso en el ánimo de los demás, el capitán, aun no siendo ajeno al temor reinante entre la tripulación aunque tratase de aparentar otra cosa, conectó la radio e hizo girar el dial. Del aparato brotaron agudos pitidos y ráfagas sucesivas de palabras de metálica sonoridad dichas en diferentes idiomas, procedentes de puertos remotos o de buques lejanos que el radar no podía detectar.

–¡Escuchad, idiotas! –vociferó colérico. Luego calló por un instante para que todos oyésemos aquella incontestable prueba de vida–. Cuando se acabe el mundo no quedará nadie para contarlo.

La silueta del albatros se recortó nítidamente en la incipiente claridad del día. Yo fui la primera en verlo al iniciar mi trabajo en la cubierta de intemperie. Minutos antes había captado algo en el aire, una especie de premonición que me turbó. Pero lo más extraño era el leve murmullo que lo acompañaba, porque no hay nada más silencioso que el vuelo de un albatros. Como en otras ocasiones, me bastó con pensar en «algo» para que «eso» se materializase automáticamente ante mí, igual que, a veces, creía ver por los ojos de los demás y otros delirios por el estilo. Quise borrar estas ideas de mi cabeza, juzgándolas como otro desatino de mi juicio alterado, pero no lo conseguí. De todos modos, pensé, si fuese verdad que mis vaticinios se cumplieran, yo no habría estado en aquella altura navegando en la *Pas de deux* ni viviendo con René.

El albatros volaba perezoso moviéndose con lentitud y dificultad impropias, tanto que temí que estuviese enfermo o herido. La silueta del ave acercándose torpemente absorbió toda mi atención, terminando de sacarme de mi enloquecedor ensimismamiento. Como tantas veces, yo estaba pensando en chatarra cuando el albatros apareció. Ideas como esa habían acabado por parasitar mi pensamiento. La imagen de la chatarra ocupaba a diario mis cavilaciones de forma obsesiva. Por aquellos años soñaba con frecuencia que caía entre las mandíbulas de una prensa de desguace. En mi agitado sueño la máquina me aplastaba como a un inservible vehículo oxidado y yo quedaba reducida a un horrible desecho comprimido, como los que transportaba *L'Unique*, el barco chatarrero en el que tuve mi primer encuentro con René Hubert. Por las noches, antes de caer en una inquieta modorra, rememoraba vívidamente los venenosos esqueletos de los buques varados en la playa de Alang, o las siniestras montañas de chatarra de los depósitos de Luis Carlos Mbó en Maputo, adonde llegamos por primera vez tres meses después de la boda. Tales estampas deprimentes se me representaban ya en la imaginación a cualquier hora,

bien en forma de alucinación diurna o en mis pesadillas. Ese había sido el trabajo de él hasta que nos casamos. Mi esposo, al fin y al cabo, como marino no había hecho otra cosa en su vida que transportar escoria. Y ahora me llevaba a mí a bordo como antes transportó aquella inmundicia por los mares del mundo. Finalmente, para él, yo había acabado sustituyendo en su barco a la chatarra, como lo hubiese hecho cualquier otra carga despreciable.

Diez años después de nuestro primer viaje a Maputo, mientras veía acercarse al albatros y, a intervalos, creía percibir en el cielo el sonido lejano de un motor, la chatarra, con todos los malos recuerdos que esa imagen me traía, ocupaba de nuevo mi mente sin poder evitarlo, del mismo modo que otras veces se me llenaba con dibujos de pájaros, ya imposibles de realizar, y me ahogaba en la pena de haber renunciado a mi doble proyecto adolescente de ser ornitóloga y bailarina de ballet clásico, y lloraba por todo lo que había perdido por seguir a René.

No existe mujer que no tenga un sueño. La mayoría tenemos incluso más de uno. Yo concebí tres siendo niña: ser bailarina profesional, graduarme en Ornitología y navegar en un velero donde vivir y surcar los océanos junto al amor de mi vida. No reparé, sin embargo, en que los míos eran incompatibles, ni podía saber entonces que el camino de los sueños está lleno de obstáculos y que, si ya es difícil consumir uno, ver cumplidos tres en una vida es una aspiración imposible. Tal vez porque ambicioné varios se me dio la ocasión de realizar alguno. Pero, pudiendo elegir, opté por el tercero, que era el que hacía inalcanzables los demás.

Aquel día yo fregaba la cubierta de intemperie sin dejar de dar vueltas a estas y a otras ideas parecidas, pensando en chatarra y lamentando mi suerte. El albatros seguía acercándose y eso terminó de desasosegarme. Yo no había parado de trabajar desde el amanecer. Miré el reloj. Faltaban unos minutos para las ocho. Me dolían los dedos agarrotados alrededor del cepillo jabonoso y tenía las rodillas heladas por el contacto con la madera gélida. La primavera austral estaba en sus comienzos,

pero la temperatura seguía siendo muy baja en aquella latitud. Me sentía como sonámbula a causa del frío, la debilidad y la falta de descanso, y me costaba tomar conciencia plena de una realidad que aquel albatros y el sonido creciente que parecía acompañarle habían perturbado. Desorientada, como en un mal sueño, traté de recordar la fecha del día. 14 de noviembre. No. El 14 fue cuando nos detuvimos, al cesar definitivamente el viento. Habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde entonces. 16 de noviembre. Sí. Pero, ¿de qué año? Me di cuenta de que había perdido la noción del tiempo. A bordo todos los días parecían el mismo. Los meses pasaban lentos, monótonos, desoladores. 16 de noviembre de... 2006. Hice memoria. Habían transcurrido catorce años desde aquella noche fatídica en *L'Unique*. Me estremecí. ¡Catorce años! ¡Una eternidad! De todos modos, verificar la fecha me tranquilizó. Al menos, aún no había perdido el juicio. Me costaba trabajo creer que algo tan horrible me estuviese ocurriendo a mí, pero aún podía pensar. Todavía no me había vuelto loca.

Suspiré, desolada. Era inútil seguir albergando esperanzas. Me calenté los dedos con el aliento y volví a restregar la teca para eliminar el salitre. Al descubrir al albatros me había parecido captar en el cielo un zumbido intermitente de naturaleza mecánica, como traído y llevado por la brisa. Pero eso no podía ser. El aire seguía en calma y el cielo estaba vacío, a no ser por aquel albatros cada vez más próximo, que se movía anormalmente en la altura como si le ocurriese algo malo. Arrodillada, alcé nuevamente la mirada sin divisar otra cosa que el ave. Debían de ser figuraciones mías, engaños de mi oído en el silencio del mar inmóvil. Pero enseguida volví a escuchar el ruido y esta vez me pareció completamente real. Ya no había duda. El aire propagaba con creciente nitidez el rumor inconfundible de un motor.

Por el Norte se hizo visible al fin, en la altura, la forma diminuta de una avioneta. Sin querer, cedí de nuevo a la esperanza, rindiéndome a la debilidad de imaginar que su aparición podía tener relación conmigo. Mi pulso se aceleró. Mi corazón se

convirtió en un tambor cuyo estruendo me aturdió. Sabía que eso era imposible, pero no podía dejar de pensar que tal vez alguien venía a rescatarme. Intenté controlarme, para mitigar la ansiedad que me asfixiaba. Aquel aparato seguramente pasaría de largo y, con el tiempo, se convertiría también en chatarra. Como yo. Como todo. Quise apartar la mirada, pero no pude. Su silueta aumentó de tamaño poco a poco, hasta que ya no tuve duda acerca de su propósito. La avioneta se estaba acercando al barco y yo sentí que el corazón se me salía por la boca.

3

El ruido truncó la pavorosa placidez del mar. A un par de millas de nosotros, el aparato descendió y siguió volando bajo, casi rozando la superficie del océano, derecho hacia la *Pas de deux*. No podía ser otro su objetivo. No se observaban otros buques en las cercanías ni el radar captaba tráfico en millas a la redonda. Los tripulantes reconocieron los colores y el rótulo estampado en el fuselaje. El rojo, el blanco y el azul de su pintura proclamaban su pertenencia al servicio neozelandés de guardacostas. El aparato se acercó tanto que pudimos distinguir la cabecita del piloto por la ventanilla. Durante unos minutos sobrevoló la goleta en círculos, para identificarla, o, al menos, eso creímos los que nos hallábamos en la cubierta de intemperie, siguiendo sus evoluciones con sentimientos encontrados, según la visión de cada cual.

René me lanzó una mirada de advertencia. Una prevención superflua, porque yo no pensaba llamar en ningún caso la atención del volador intruso. Momentos antes me vi dispuesta a luchar, o eso creí, pero el miedo volvió a aplastarme. Aunque la idea se me antojó disparatada, me dejé llevar por la ilusión de que venían a liberarme. Pero mis padres habían muerto años atrás y era imposible que nadie estuviese al tanto de mi desgracia en aquel lugar remoto. Salvo que... De repente me acordé de Simon Banovic, el bailarín del *Australian Ballet* al

que conocí nueve años antes. Días atrás le había vuelto a ver casualmente en Wellington. El serbio paseaba por el puerto y, al divisar la goleta en el muelle, se acercó a curiosear. Yo agité la mano desde cubierta para llamar su atención. Él gritó contento, al reconocermelo, y corrió a saludarme. Y en ese momento, cuando me disponía a hablar con el recién llegado, el capitán me apartó de un empujón. Tal vez Banovic había dado aviso a la policía. Seguramente tuvo tiempo de apreciar las lesiones de mi rostro. Esta improbable posibilidad puso un rayo de esperanza en mi corazón.

René Hubert vio en la avioneta una amenaza y temió que el piloto le ordenase encender el motor y dirigirse a puerto, pero eso no llegó a ocurrir. El contramaestre, por su parte, se dio visera con las manos, echó una ojeada al aparato con una mezcla de curiosidad e indiferencia, y volvió a acodarse en la borda, aburrido. El avión se elevó poco después y desapareció por donde había llegado. No me permití reconocer mi decepción cuando lo perdí de vista. No debía sentirme desilusionada. Tenía asumido que no debía esperar nada de nadie. Si los que convivían conmigo jamás me habían ayudado, no podía caer en la ingenuidad de confiar en un quimérico salvador de fuera.

Miré al cielo de nuevo antes de proseguir mi tarea. El albatros se encontraba ya preocupantemente cerca. Algo debía de ocurrirle, desde luego. Su desmañado vuelo no tenía la elegante majestad de su especie. Con el corazón encogido, lo vi venir planeando hacia la embarcación mientras la avioneta se alejaba, como si se dirigiese expresamente hacia mí. Observé con inquietud su vuelo anómalo, sus penosas oscilaciones en el aire, tan bruscas cual si luchase contra una borrasca con sus enormes alas desplegadas, aunque no soplaba la menor brisa. Rogué que pasase de largo o, en todo caso, si tenía que caer, que cayese en el mar. Sucedió, sin embargo, lo que temía. El albatros enfiló la goleta controlando in extremis su vuelo irregular, seguramente buscando un sitio para descansar fuera del alcance de los tiburones. El animal debía de haberme visto y

pensé que eso le impulsaba a llegar al buque a toda costa, confiando, tal vez, en que yo le prestaría auxilio.

La coincidencia creó por un momento, en René y en André, la ilusión de que el ave cayó de la avioneta como una pieza desprendida del fuselaje. Pero el albatros procedía del Sur y la concurrencia de ambos en el cielo solo era fruto de la casualidad. Instantes después lo vimos descender en picado sobre el barco, como un misil con plumas que alguien hubiese lanzado contra mí con el único propósito de complicarme la vida.

4

El ave se desplomó en la cubierta tras esquivar a duras penas los palos desnudos, estrellando la afilada pechuga en el estrechamiento de proa y clavando el pico en el nacimiento del bauprés. El impacto resonó como una detonación, amplificadas en el silencio reinante. El animal quedó malparado e inerte en la madera. Me puse en pie, temiendo que se hubiese matado. Eso hubiese sido, desde luego, lo mejor para mí. Inmediatamente me arrepentí de pensar tal cosa. Segundos después se movió trabajosamente, intentando levantarse. Ver que estaba vivo me tranquilizó, aun a sabiendas de las posibles consecuencias para mí. Lo observé sin moverme por el momento de mi sitio, conmovida por el coraje del animal, que no cejaba en su empeño de incorporarse. Después de unos segundos de pugna con el agotamiento y el dolor, las patas volvieron a fallarle y permaneció lastimosamente abatido en la punta de proa, temblando y graznando débilmente. Sin darse por vencido, extendió las alas en un último gesto de coraje, negándose a rendirse y a rodar por la madera, batiéndolas a intervalos con agitación de moribundo, levantando la oscilante cabeza, creyendo volar en la alucinación de su agonía, quizá mirando por última vez el mundo desde la imaginaria altura.

Yo había interrumpido mi trabajo sin permiso de René. Mi inquietud aumentó, pero no tuve ocasión de ceder a la

ansiedad. De pronto me conecté involuntariamente a la visión del pájaro. Entonces yo podía ver por ojos ajenos en circunstancias de especial tensión o dramatismo. Esa extraña facultad me permitía experimentar personalmente, aun sin proponérmelo, el trance de cualquier otro ser como si lo viviese por mí misma. Nunca llegué a saber si eso era un poder de mi mente o el fruto de una sugestión de mi ánimo, pero los efectos eran tan reales como si mis sentidos captasen verdaderamente la vivencia del otro.

De súbito me vi flotando, ingrávida, en la quieta atmósfera y pude observar la goleta y el mar desde lo alto, tal y como el albatros los veía en su imposible vuelo yacente. Percibí la fantasía agónica del ave como si se proyectase en mi propio cerebro. Avisté al albatros caído y aliabierto en la proa y, asombrada, me vi a mí misma en popa, con el cepillo en la mano y el balde a mis pies, consciente de que corría un riesgo cierto por haber suspendido mi tarea. El gigante Martin, el viejo Paul y Liu Fu, el cocinero chino, habían subido a la cubierta superior. El estampido que siguió al rumor de la avioneta les había hecho temer un ataque aéreo. Todos rieron al comprobar la causa de la alarma. Todos, menos Martin.

–¿Queréis más pruebas de que algo malo va a pasar? –se lamentó el mecánico, aterrado por el funesto augurio de aquel albatros medio muerto que marcaba nuestra embarcación con su sello aciago.

El ave se removía junto al bauprés, ajeno a la curiosidad general. Era un albatros añoso y descomunal como jamás habíamos visto otro. Sus remos abanicaban espasmódicamente las amuras, rebasando de sobra la proa por ambos lados.

–En mi vida he visto un albatros tan grande y desastrado, y son muchos los años que llevo en la mar. Puede que *Mollet* tenga razón –rezongó Paul, antes de regresar a las entrañas del buque.

Las voces de los marineros me sacaron de mi visión delirante. La llegada del albatros parecía, en efecto, el anuncio de algo nefasto, algo que me afectaba sobre todo a mí. Este

negro presentimiento terminó de adueñarse de mi corazón. De repente, recordé el poema de Baudelaire que mi padre me recitaba cuando era niña. Sus primeros versos brotaron maquinalmente de mis labios.

*Souvent, pour s'amuser, les hommes d'équipage
prennent des albatros, vastes oiseaux des mers...*

Quise ahogar el recuerdo. Las cosas a bordo no estaban para poesías. Pero la poderosa evocación se había adueñado de mi mente y el poema siguió saliendo de mi boca contra mi voluntad:

*...que suivent, indolents compagnons de voyage,
le navire glissant sur les gouffres amers...*

Martin me miró interesado, cautivado por la rima. Aborté la siguiente estrofa antes de que empezase a sonar. Sus tristes palabras se deshicieron en mis labios, dejando en ellos un eco de dolor y de imposible belleza. Una mueca de decepción se dibujó en el rostro del gigante. Le sonreí, melancólica. Estaba preocupada, mas no por la misma causa que Martin y los demás. No soy supersticiosa. Pero siempre me había preguntado qué haría yo si un ave enferma, herida, o simplemente exhausta, venía algún día a la *Pas de deux*. Eso no había ocurrido jamás, por suerte para mí, en todo el tiempo que llevaba embarcada desde que zarpé de Le Havre, recién casada, diez años atrás, pero nunca lo descarté. En cualquier latitud solíamos avistar con frecuencia aves en vuelo. Normalmente, me deleitaba observándolas y dibujándolas en mar abierto, a millares de millas de la costa, donde no existe ningún lugar para posarse a tomar aliento. Los albatros errantes se pasan la vida volando sobre las aguas. Solo regresan a sus remotas islas heladas en el verano austral, para aparearse. Muchas veces siguen la derrota de los buques y, cuando escasean los peces, comen los desperdicios que los marineros arrojan al mar. Nunca me expliqué

cómo logran recorrer distancias tan enormes sin descansar y, a veces, casi sin alimentarse. Algunos de ellos, tal vez los más osados o los más viejos, forzosamente tenían que terminar cayendo al mar, de puro agotamiento. Este pensamiento se había convertido en otra idea fija para mí, como la de la chatarra. Se me encogía el corazón cada vez que veía aproximarse más de la cuenta a una de esas aves. Solo cuando pasaba de largo y se perdía de vista recuperaba la tranquilidad. A menudo traté de imaginar cómo reaccionaría si un ave marina consumida por el cansancio o la enfermedad buscaba algún día refugio en la goleta. Este temor había acabado convirtiéndose en otra obsesión para mí. De modo que siempre que veía a una acercándose demasiado me echaba a temblar, preguntándome si, llegado el caso, tendría el valor de prestarle auxilio. Siempre lo había temido y ahora, ese momento había llegado inesperadamente, como ocurren las cosas que tienen que ocurrir y siempre acontecen al margen de nuestra voluntad.

5

Al ponerme en pie capté la mirada torva de René. El capitán había interrumpido su ir y venir por cubierta. Mi marido observó el albatros por un instante y me miró sin prestar atención a las palabras de sus subordinados. Su mano derecha descansaba en la culata del revólver que le asomaba por el cinturón. Me pareció mentira haber amado alguna vez a aquel hombre y haber aguantado tanto tiempo a su lado. Volví a preguntarme por qué no me había escapado ya. Repasé, como tantas veces, las ocasiones que tuve de huir, arrepentida de no haber tenido nunca valor para hacerlo. En Port Sudán, semanas después de casarnos, cuando había descubierto ya la clase de persona que era, pasé cerca del aeropuerto sola y con dinero suficiente, pero no me atreví. Luego conocí a Jean Pierre en Jartum. Pude contar con la ayuda de aquel empresario encantador de habérsela pedido, o con la de lady Tennyson, en Bombay. Y

tampoco dije nada. La mejor oportunidad se me presentó en Nueva York, cuando René enfermó y lo ingresé inconsciente en un hospital. Nunca aproveché estas ocasiones y jamás me expliqué el motivo de esta indecisión suicida, tal vez porque lo conocía demasiado bien y no quería admitirlo.

Traté de no pensar. Todo me había salido mal. Ingenuamente creí que «eso» únicamente les pasaba a otras mujeres y que a mí nunca me ocurriría. Pero ya no había remedio. Volví a culparme de mi error y sentí el ácido remordimiento de mi vida malgastada. Evoqué mis años de estudiante de ballet, cuando aspiraba a ser una bailarina famosa y aun me sobraba ambición para querer graduarme como ornitóloga. Rememorar mis anhelos de niña me dolía hasta las lágrimas. Nunca le expliqué a nadie el motivo por el que albergaba dos afanes tan dispares en mi corazón. Los bailarines y las aves comparten el impulso alado, la armonía de movimientos, la ingravidez. El salto de un bailarín en realidad es un vuelo. Un cuerpo de baile semeja una bandada de pájaros en el aire. Ideas como estas impregnaron mis fantasías infantiles. Yo quería tener todo eso y por partida doble. Quería ser bailarina y estudiar a las aves. Bailar y volar. Ser, en suma, un ave que danzaba. Un imposible. Renuncié a todo eso por irme con René a Rouen cuando empezó a construir la goleta. El único consuelo, el único solaz que me quedaba ahora era observar a las aves. A eso se habían reducido mis aspiraciones. La continua navegación me permitía verlas en todas las latitudes. Unos prismáticos, una aceptable guía ornitológica británica que llevaba conmigo y unos cuadernos de campo donde las dibujaba y anotaba sus costumbres, constituían todo el esparcimiento que me estaba permitido a bordo. En mi guía aparecían reseñadas cuatrocientas especies, pero en el mundo hay más de diez mil. Al principio, para contentarme, me engañaba diciéndome que navegando en la goleta podría estudiar especies nunca vistas e incluso descubrir algunas nuevas. Pronto comprobé que esta pobre satisfacción no compensaba mi vacío. Por eso no acepté el guacamayo rojo que René quiso regalarme años atrás en Panamá. Rehusé el obsequio sin

dudarlo. Si él me recriminaba constantemente por el tiempo que dedicaba a observarlas en su medio natural, peor sería atender a una a bordo. Mi rechazo del presente le enfureció. El incidente se complicó porque la policía panameña estuvo a punto de detenerle. Eso exacerbó su represalia. Pero el castigo no torció mi voluntad. Para entonces ya me había acostumbrado a los golpes. Hasta aprendí a encajarlos con el menor daño posible. No le dije que me horrorizaba la idea de llevar un guacamayo cautivo en la goleta ni que los pájaros solo me gustan en libertad. Nunca quise una jaula a bordo. Bastante tenía con la mía. En mi caso se habían invertido los términos. Para mi desgracia, yo era la prisionera mientras las aves volaban plenas y autónomas, disfrutando su envidiable albedrío.

6

Esperé a que algún marinero se interesase por el albatros, pero nadie se atrevió a desafiar al capitán. Liu Fu se encogió de hombros y comentó en la distancia que aquella, aunque hermosa, no era pieza apta para la cazuela. André y el gigante curiosaron pasivamente la escena sin moverse. Viendo que nadie intervenía, solté el cepillo, aparté el balde con el pie y acudí resuelta en su auxilio. Fue entonces cuando el capitán me miró furioso llevándose la mano al revólver. Tenía las piernas separadas para contrarrestar el balanceo del buque, según la inveterada costumbre de los hombres de mar. Pero el océano permanecía inmóvil y esta afectación sobraba. Me acordé de Claude Leroy, mi padre. Toda la vida le vi en esa postura, así estuviese a bordo del *Albatros*, nuestro pequeño velero familiar, o en casa. Un vicio entrañable de los viejos marinos que incluso en tierra firme creen sentir bajo sus plantas la inestable cubierta de un buque. En René, en cambio, esa actitud constituía otro ingrediente agresivo de su amenaza. Él se tomó como una afrenta mi interés por aquel albatros enfermo después de haberle rechazado aquel guacamayo que le costó cien dólares.

Daba igual que hubiesen transcurrido nueve años desde aquel episodio. René conservaba intacto el rencor de aquel día. Jamás olvidaba una ofensa. Alimentaba su resentimiento llevando cuenta escrupulosa de todo, para extraer de su memoria, en cada ocasión, este o aquel agravio antiguo, como si el tiempo no pasase. Su inquina se hinchó con la memoria explosiva de todos mis lances con pájaros desde que nos conocimos. Se enfurecía si yo empleaba más tiempo del debido en observarlos y dibujarlos, aunque eso solo lo hacía en mis contadas horas de ocio. Pero durante la jornada era algo inadmisibile. Él no iba a consentir que yo perdiese el tiempo con un albatros moribundo. Hasta aquel día nunca se me ocurrió interrumpir mi tarea por ningún motivo, así estuviese enferma y con cuarenta de fiebre. Y en esta ocasión él estaba más enfadado que de costumbre, lo cual le hacía mucho más peligroso. La irritación por la falta de viento, que nos tenía clavados allí, incrementaba la rabia de los últimos reveses económicos.

Desde que abandonamos puerto para atravesar el estrecho de Cook y poner rumbo al Sur, el capitán se había mostrado más intratable que nunca. Procuré mantenerme alejada de él, si eso es posible en una goleta de dos palos. Los pasajeros que iban a viajar a Australia fallaron en el último momento. Fue la segunda cancelación de una reserva en pocos días. Estos contratiempos sacaron de quicio al capitán, agobiado por la deriva ruinosa del negocio. Por aquellos años veníamos arrastrando pérdidas y a Rouen había llegado una orden de embargo de la goleta. Las adversidades habían terminado de cegar a René y yo temía ya lo peor. El capitán siempre pagaba conmigo los contratiempos. Se lo comenté a Paul cuando abandonamos Wellington de vacío, después de haber visto a Banovic en el muelle. El viejo me contestó que no tenía edad ni ganas de meterse en pleitos ajenos, que eran muchos los años que el capitán y yo llevábamos con aquellas «pendencias», que lo que ocurría entre nosotros no era asunto suyo y, en todo caso, que teniendo yo la opción de marcharme o de acudir a las autoridades, no comprendía por qué no lo había hecho ya.

Al zarpar de Wellington, lamentando no haber podido intercambiar palabra con el serbio, me acordé en efecto de Jean Pierre Lepicouché. Yo sabía que el empresario tenía intereses en Nueva Zelanda y pensé que tal vez se encontrase en aquel momento en el país. Pero deseché esta idea de inmediato. Habían pasado casi diez años y no había vuelto a tener noticias tuyas. Seguramente seguiría en Sudán, tal vez casado y feliz con su familia. O en cualquier otro lugar del mundo adonde le hubiesen llevado los negocios.

Entre el albatros y yo se interponía René. El capitán ya no se movía por el buque sin el revólver. Algo recelaba. Quizá temía alguna reacción defensiva mía o puede que sospechase de los marineros. Por eso había inutilizado el arsenal de a bordo. La suya era la única arma operativa que quedaba en la goleta. Había tirado al mar la munición de los seis AK-47 conseguidos años atrás en Maputo, que guardaba en el armero de su cámara. René se hizo con ellos después de una mala experiencia con bandidos en aguas del Índico, en prevención de nuevos ataques piratas cada vez más frecuentes en ciertos mares de África y de Asia. Aquellos viejos fusiles formaron parte del insólito regalo de boda de Luis Carlos Mbó. El capitán desconfiaba ya de todos. Los hombres habían cambiado. Últimamente no le obedecían con la presteza de antes. Incluso cuando alguna orden no les gustaba o alguna singladura se les antojaba trabajosa o arriesgada en exceso, su renuencia empezaba a rayar en la insubordinación. Y él debió de creer que yo también le estaba perdiendo el miedo.

Mi osadía me asombró más que a él. Jamás imaginé que me atrevería a hacer algo así. Pero aquel albatros postrado en la proa me insuflaba una fuerza misteriosa. Siempre temí un incidente semejante y ahora que había ocurrido me maravilló un sentimiento nuevo, que me llenó el pecho con su aliento poderoso. En cuestión de segundos dejé de temer a mi marido. Este cambio en mi ánimo se me antojó un prodigio inimaginable. Antes de la llegada del albatros, el pavor que me infundía René me impedía respirar y ahora, en cambio, había dejado de temblar y de sentir inquietud.

Alcancé, resuelta, la proa, espoleada por su falta de reacción, me arrodillé junto al animal y lo toqué por primera vez. El albatros aun tuvo el coraje de defenderse, lanzándome una tarasca con el pico. Esquivé la acometida por milímetros. El picotazo resonó en el aire como el chasquido de unas tijeras de podar. Sin volver la cabeza le pedí a Martín que me proporcionase unas lienzas, convencida de que el marinero haría oídos sordos, por miedo al capitán y por el mal agüero que él mismo acababa de formular. Le había llamado por su nombre, como siempre que me dirigía a él, e igual que hacía con los demás, pues nunca entré en el juego degradante de mi marido. Para mi sorpresa escuché de inmediato los pasos del gigante a mis espaldas. El marinero me entregó las cuerdas y se recostó en la borda para observar mis movimientos. Su cercanía insinuaba una reconfortante complicidad, algo totalmente nuevo para mí.

Con un rápido movimiento atrapé la cabeza del albatros, le sellé el pico con un nudo de barrilete y procedí a examinarlo. A primera vista no sufría heridas ni lesiones, pero se encontraba en los huesos. Su estado de desnutrición era pavoroso. Su objetivo debía de ser la isla Stewart, pero, sin fuerzas para llegar, al ver la goleta debió de creer que en ella encontraría comida y descanso. Me acordé de sus hermanos de *Moby Dick* disputándose hambrientos los restos de las ballenas capturadas. La dieta ordinaria del albatros se compone de calamares y peces, pero la goleta no embarcaba pesca alguna desde hacía días. El valeroso animal había aguantado más allá de sus fuerzas. A mí me pasaba igual. Aguantaba porque en el fondo de mi corazón intuía que algún día terminaría mi desgracia. Por eso no podía abandonarlo a su suerte. El esfuerzo de su denodado tesón le hacía digno acreedor de socorro. No se había rendido. Y si aquel albatros no se había rendido debía de haber llegado también para mí el momento de actuar. Y lo que jamás me había atrevido a hacer en favor de mí misma me vi repentinamente dispuesta a hacerlo por un zarrapastroso albatros errante medio muerto. Pero había tomado una decisión y tenía claro que no iba a permitir que René le descerrajase un tiro y lo arrojase al mar.